

RECIBIDO EL 20 DE JUNIO DE 2021 - ACEPTADO EL 21 DE SEPTIEMBRE DE 2021

DESFRAGMENTACIÓN DE LA MEMORIA COLECTIVA: CONDICIÓN DE POSIBILIDAD PARA LA FORMACIÓN CIUDADANA¹

DEFRAGMENTATION OF THE COLLECTIVE MEMORY: A CONDITION OF POSSIBILITY FOR CITIZEN TRAINING

Dayan López Bravo²

Universidad San Buenaventura

RESUMEN

Este artículo defiende dos premisas: primero, que la memoria colectiva en Colombia está fragmentada -esto es, desmembrada,

despedazada- por la barbarie de la historia del dolor oculto. Segundo, que la fragmentación de la memoria impide el ejercicio consciente de la ciudadanía. Como tesis central se defiende que es necesario un proceso de desfragmentación,

¹ Las reflexiones consignadas en este artículo surgen del proyecto de tesis doctoral aprobado para la candidatura bajo el nombre "Desfragmentando la formación ciudadana en Colombia: ¿revisión de un fracaso?", en la línea de investigación Formación y procesos de subjetivación, del Doctorado de Ciencias de la Educación de la Universidad San Buenaventura-Medellín.

² <https://orcid.org/0000-0001-8813-4414>

Universidad San Buenaventura Medellín-Colombia. dayanlopezb@gmail.com.

Dayan López-Bravo: Candidata a Doctora en Ciencias de la Educación, Magister en Informática Educativa, Licenciada en Ciencias Sociales; docente de la secretaria de Medellín, Colombia Investigadora del Grupo Interdisciplinario de Estudios Pedagógicos-GIDEP de la Universidad de San Buenaventura-Medellín-Colombia. Y del Grupo de Responsabilidad Social y Desarrollo Sostenible-Resodes de UNIMINUTO Bello-Colombia.

Líneas de investigación: Formación ciudadana, Informática Educativa TIC y TAC y Responsabilidad Social.

Correo electrónico: dayanlopezb@gmail.com

Publicaciones:

- Artículo: De la naturalización de la violencia a la banalidad del mal". En: Colombia Ratio Juris ISSN: 1794-6638 ed: Todograficas Ltda. v.12 fasc.N/A p.111 - 126 ,2017, DOI: 10.24142/raju.v12n24a5

- Artículo: Formación ciudadana un reto en la educación superior. (2020)

Memorias de investigación: Feria de Semilleros y Jornadas de Investigación de uniminuto, Seccional ISSN: 2665-2803 (En línea)

- Libro: Hacia una política pública latinoamericana de Responsabilidad Social Universitaria En: 2021. Ed: Unión d e Responsabilidad Social Universitaria Latinoamericana ISBN: 978-612-48553-1-3

es decir, de reorganización de las partes de esa memoria colectiva para así reajustarlas, hacerlas accesibles, siendo esta la condición de posibilidad de la formación ciudadana plenamente consciente. Metodológicamente, está fundamentado en el paradigma socio-crítico, se sigue la lógica de la fluctuación estructural, que consiste en ir de las premisas a la conclusión y de la conclusión y la primera premisa a la segunda premisa. Se llega a la conclusión de que es necesario responsabilizarse del pasado desfragmentándolo, así como formar en responsabilidad social consigo mismo y con el otro como parte de la formación ciudadana.

Palabras clave: Desfragmentación, formación ciudadana, memoria colectiva, barbarie.

RESUME

This article defends two premises: first, that the collective memory in Colombia is fragmented - that is, dismembered, shattered - by the barbarism of the history of hidden pain. Second, that the fragmentation of memory prevents the conscious exercise of citizenship. As a central thesis, it is defended that a process of defragmentation is necessary, which is, of reorganization of the parts of that collective memory in order to readjust them, make them accessible, being the condition of possibility of fully conscious citizen training. Methodologically, it is based on the socio-critical paradigm; the logic of structural fluctuation is followed, which consists of going from the premises to the conclusion and from the conclusion and the first premise to the second premise. The conclusion is reached that it is necessary to take responsibility for the past by defragmenting it, as well as training in social responsibility with oneself and with the other as part of civic education.

Keywords: Defragmentation, citizen training, collective memory, barbarism

INTRODUCCIÓN

En un país como Colombia pensar la fragmentación de la memoria colectiva es indagar sobre las raíces conceptuales, ético-políticas e históricas del olvido del dolor, el horror y la violencia sistemática a las que han sido sometidas algunas comunidades colombianas por décadas. Tal vez es por esa misma urgencia que nos plantea nuestra historia como colombianos que se viene hablando, desde los procesos políticos nacionales, de la paz más como un *slogan* publicitario con el que se pueden conquistar masas, que como una urgencia o una necesidad histórica. La coyuntura del país, marcada recientemente por las protestas sociales llevadas a cabo en prácticamente todo el territorio nacional entre mayo y junio de 2021 que dejaron decenas de muertos y desapariciones, demanda una *desfragmentación* de la memoria colectiva después de años de ocultamientos de desfalcos al patrimonio público, masacres, desplazamientos, desapariciones forzadas (mal llamadas “falsos positivos”), muerte, dolor, e incertidumbre a raíz de la violencia institucionalizada y no institucionalizada.

Investigar sobre una memoria colectiva fragmentada -esto es, herida, desmembrada, partida en pedazos por el ocultamiento y la barbarie posiblemente deliberada- y su posibilidad de *desfragmentación*, es decir, de re-articulación, conciliación o re-agrupación; es una tarea impostergable no solo para las dirigencias del país sino a todo nivel social, incluidos los grupos de intelectuales que quieran actuar con responsabilidad social y, sobre todo, quieran aportar a la formación ciudadana.

METODOLOGÍA

La presente investigación se fundamenta en el paradigma socio-crítico, ya que, a través de la interpretación de diversos autores cercanos en mayor o menor grado a la teoría crítica, realiza un análisis de carácter crítico-reflexivo que

parte de las necesidades de un grupo social determinado, en este caso el de las comunidades colombianas sometidas al dolor del olvido y los abusos de la memoria. Se pretende con este estudio la búsqueda de caminos responsables socialmente que permitan la formación en la autonomía racional y liberadora de la ciudadanía ejercida conscientemente.

En cuanto a la metodología, el camino que siguió este artículo fue doble. Por un lado, se usa la *lógica expositiva* entendida como el despliegue de los argumentos fundamentados en pensadores que han profundizado la problemática que plantea esta investigación. En segunda instancia se sigue la lógica de la *fluctuación estructural*, que “consiste en ir de las premisas a la conclusión, por un lado, y de la conclusión y la primera premisa a la segunda premisa” (López, 2015b: 15), lo que significa que los argumentos fundamentales del artículo están constantemente “fluctuando” u “oscilando” como en un vaivén o “*leitmotiv*”, con el fin de explicar o justificar con un sentido de unidad, coherencia y continuidad la tesis que se plantea en la conclusión. Las premisas y la conclusión del artículo se podrían resumir de la siguiente manera:

Premisa 1: la memoria colectiva en Colombia está fragmentada.

Premisa 2. La fragmentación de la memoria impide el ejercicio consciente de la ciudadanía.

Conclusión o tesis: *Desfragmentar* la memoria colectiva es la condición mínima de posibilidad para pretender llevar a cabo una formación ciudadana consciente.

Es necesario aclarar que el concepto de desfragmentación, presente en gran parte del escrito, es un concepto viajero, es decir, no pertenece al ámbito de la filosofía o las ciencias sociales, sino que viene del área de la informática. Según Bal, “la naturaleza viajera de los conceptos es una ventaja, más que un peligro” (2009: 32) y por lo tanto éstos

pueden utilizarse en una disciplina u otra según sus propiedades para explicar o ayudar a comprender de otra manera las teorías propuestas. Además, el mismo autor asegura que “en las disciplinas culturales se utiliza variedad de conceptos para enmarcar, articular y especificar diferentes análisis” (Bal, 2009: 33). Esto explica, en parte, la posibilidad particular de utilizar este concepto de informática y aplicarlo a las ciencias sociales. Por *desfragmentación*³ se entenderá aquí la re-ordenación, re-agrupación, re-articulación de esos fragmentos o pedazos de memoria colectiva dispersa por diferentes causas, ya sea, por el olvido, los abusos de la memoria, el ocultamiento de la historia por parte de los medios masivos de comunicación u otras causas de corte histórico, político o social que se analizarán en el presente artículo.

LAS FUNCIONES COLECTIVAS DE LA MEMORIA

¿Qué es la memoria? Así como el todo es mayor que la suma de las partes, la memoria, tanto para Séneca como para Erasmo, es “más que la suma de las cosas recordadas (...) algo recién hecho, la esencia de un yo único” (Carr, 2011: 2018). Ahora bien, los fenómenos de la memoria no pueden de ninguna manera fluir sino en lo que llamamos la *conciencia*, ese “lugar” donde, según la fenomenología husserliana, acontecen las experiencias más esenciales y constitutivas del hombre. Sin esas funciones de lo que Husserl llama la estructura de la conciencia ni siquiera podrían mentarse los objetos del mundo (López, 2015b). Pero ¿acaso pueden los objetos del mundo ser mentados sin ser primero recordados? ¿puede el mundo ser nombrado sin las funciones de la memoria? Si la memoria es un elemento fundamental para la función de la conciencia, significa también que la memoria es una dimensión constitutiva del ser humano; y si, como sostiene el fenomenólogo colombiano

³ Este concepto se aclarará a cabalidad en la parte final del presente artículo llamada “Desfragmentación de la memoria colectiva y formación ciudadana”.

Andrés López, todo mundo posible es un mundo siempre internalizado en una conciencia, es decir, si “el horizonte real más que objetual, es experiencia honda y personal” (López, 2015b: 59), es porque también la memoria posee funciones personalísimas, ancladas en la subjetividad. Una de esas funciones, según la fenomenología de la memoria de Paul Ricoeur, sería que “A la memoria se vincula, una ambición una pretensión, la de ser fiel al pasado (...)” (Ricoeur, 2004: 40).

Si se quiere seguir esta lógica fenomenológica se podría decir entonces que es la conciencia, ejecutada *en y a través* de los procesos más básicos y complejos de la memoria, la que configura y funda aquello que llamamos el mundo, o lo que fenomenológicamente hablando es lo mismo: las experiencias pasadas del sujeto configuradas en un presente continuo para dar significados a los objetos del mundo. Nicholas Carr aclara esta relación de la complejidad de la memoria con las experiencias subjetivas:

(...) el creciente cuerpo de evidencias deja bien claro que la memoria dentro de nuestra cabeza es producto de un proceso natural extraordinariamente complejo, exquisitamente sintonizado a cada instante con el entorno único en el que cada uno de nosotros vive y el patrón único de las experiencias por las que cada uno de nosotros pasa (Carr, 2011: 231).

Ahora bien, si la memoria está conectada como dice Carr con “el entorno único” en el que vive cada sujeto, tendría que decirse que ésta se construye en relación con el lenguaje, la cosmovisión, la cultura y por lo tanto las relaciones sociales, políticas, económicas, éticas e históricas en las que están inmersos los sujetos que habitan un territorio. Es esta dinámica que posee la capacidad de la memoria humana, su capacidad de estrechar historias, lazos, vínculos de alteridad, la que interesa

en este artículo, es su devenir vivo y continuo hacia el mundo del otro, es decir, hacia el ámbito social, político, cultural, histórico o colectivo -donde el ser humano se encuentra con el otro- lo que se pondrá de relieve de aquí en adelante: la memoria, no como memoria individual, sino como memoria colectiva como “la que recompone mágicamente el pasado, y cuyos recuerdos se remiten a la experiencia que una comunidad o un grupo pueden legar a un individuo o grupos de individuos” (Betancourt, 2004: 126).

Está pues la memoria colectiva -entendida como ese cúmulo histórico de experiencias comunitarias transmitidas a través del lenguaje o los símbolos de la cultura- articulada, en conexión orgánica necesaria con la memoria histórica, a la que cuestiona y apela constantemente, sobre todo sí, como sostienen Brito & Martínez, los sucesos colectivos provocan cambios profundos en las estructuras sociales:

(...) los mecanismos de repetición o de selección que operan en la memoria de los individuos serán paralelos en los procesos colectivos. Pennebaker y Basanick (1998) ilustran esta acepción cuando señalan cómo el hablar y el pensar sobre determinados sucesos producirá y mantendrá la memoria colectiva. Lo mismo sucede con el nivel de impacto que los hechos ejercen en los individuos y en los colectivos (...) Así, se deduce que la memoria colectiva se consolidará si los sucesos provocan importantes cambios institucionales, políticos o históricos (Brito & Martínez, 2005: 178-179).

Se podría decir entonces que cuando una sociedad posee una memoria colectiva precaria, fragmentada, esto traerá como consecuencia la hiper-individualización de los sujetos como si fueran partes aisladas de la sociedad y por ende el resquebrajamiento de las relaciones de

cooperación, solidaridad y empatía que son las que permiten el pleno ejercicio de la ciudadanía en pro de la consecución del bien común. Si la memoria colectiva está fragmentada, despedazada, dispersa en pedazos, rota en tantas partes como individuos puede haber en un grupo social, puesto que cada sujeto tiene su propia versión del pasado histórico y no se reconoce como un ser colectivo, entonces el ejercicio de la ciudadanía consciente, la construcción de una nación democrática a través de la toma colectiva de decisiones responsables con la sociedad es inviable y por lo tanto es necesario volver a unir esos trozos de memoria, “remendar” esos fragmentos de historia dispersas, es urgente y necesario *desfragmentar* la memoria colectiva.

MEMORIA COLECTIVA FRAGMENTADA

Si la memoria colectiva se construye desde la tradición oral, la transmisión de cultura de una generación a otra y sobre todo desde la reconstrucción de hechos que no están reconocidos en la historia oficial entonces una sociedad que no ha reconstruido su propia historia más allá de las versiones oficiales es una sociedad con una memoria colectiva fragmentada.

La memoria colectiva ha tomado importancia al revisar y esclarecer los hechos para elaborar una crítica de la historia oficial y descubrir qué vacíos tiene, qué hechos dolorosos o terroríficos no fueron escritos, pero permanecen presentes en quienes han vivido los acontecimientos, es decir, quienes dan testimonio de lo sucedido como parte de la memoria colectiva que los atraviesa. Dichos testimonios permiten recuperar y reconstruir la memoria colectiva que es imprescindible para comprender la propia historia, por tal razón, como dice Todorov:

“Nada debe impedir la recuperación de la memoria; cuando los acontecimientos

vividos por el individuo o por el grupo son de naturaleza excepcional o trágica, tal derecho se convierte en un deber: el de acordarse, el de testimoniar” (Todorov 2005: 18).

¿Por qué es importante testimoniar? Porque parece que la historia oficial, la aprobada por historiadores o por gobiernos de turno está manipulada, mutilada o simplemente falseada. Por ejemplo, Forges afirma que “[Después de Auschwitz] Las masacres volvieron a Europa. No se les reconoció, como si el olvido recubriese ya el pasado” (Forges, 2006: 13). Cuando se menciona Auschwitz se piensa en el genocidio de judíos que ha sido históricamente registrado a nivel internacional en el marco de la Segunda Guerra Mundial, y precisamente por esto último está vigente como un acontecimiento histórico, sin embargo, parece que la sociedad del entretenimiento la quiere borrar, por lo menos como un acto de omisión, de la memoria colectiva. Si el dolor del otro no se reconoce como lo que es, como una tragedia de la humanidad, es decir, si no se identifica la tragedia como propia, sino al contrario, se identifica como algo lejano y ajeno a la realidad circundante, entonces significa que no se ha asumido la historia como colectividad, como la historia de todos y no será posible construir ciudadanía responsable, porque el ejercicio ciudadano pasa primero por ejercicio de la memoria colectiva, del reconocimiento de los hechos históricos de dolor concebidos como propios. Ahora bien, la memoria colectiva concebida como mera conmemoración no es suficiente, es por eso que el mismo Forges asevera que: “La memoria ya no nos protege del retorno del crimen” (Forges 2006: 13).

Posterior al holocausto de la Segunda Guerra Mundial se pueden mencionar varios conflictos armados o guerras civiles, como la de Bosnia en 1995 o las de Camboya, sin dejar de lado a Ruanda, entre otras historias del horror y la

barbarie humana -como las llamaría Theodor Adorno- que no hacen parte de la historia “oficial” o han sido reducidos a conmemoraciones o mero entretenimiento por parte de la industria cultural. Lo que dice el filósofo alemán sobre la música -manipulada por la industria del arte de masas- que moldea los productos artísticos no para recuperar la memoria del dolor olvidado u omitido, sino para dejarlo en el pasado como un acontecimiento lejano y carente de significado en el presente o, menos aún, como un producto para regocijarse en la nostalgia estéril como un mero recuerdo infecundo del pasado; podría explicar ciertos mecanismos industriales de la sociedad del entretenimiento que fragmentan la memoria colectiva:

El manejo comercial de la música, que envilece el patrimonio existente al exaltarlo y galvanizarlo como algo sacro, confirma sólo el estado de conciencia del oyente en sí, para quien la armonía alcanzada en el clasicismo vienés y la desatada nostalgia del romanticismo se han convertido indiferenciadamente en artículos de consumo (Adorno, 2003: 13).

Entonces, si la fragmentación de la memoria colectiva es un problema real y en cierta medida cotidiano en muchas naciones, surgen preguntas como: ¿son suficientes las conmemoraciones civiles para reagrupar la herida o desmembrada memoria colectiva? Parece que realmente no lo son, y algunas causas pueden apuntar a que las conmemoraciones se volvieron una paradoja al impulsar una constante reminiscencia que no deja ver claramente los acontecimientos, Florescano lo explica así: “El afán celebratorio de los lugares de memoria produjo exceso en el uso y el abuso de la memoria, al punto que el acto memorial pareció sustituir la tarea analítica de la historia” (Florescano, 2010: 13) y con esto caer nuevamente en el olvido, lo que re-crea la dinámica del eterno retorno, de repetir una y otra vez el horror.

Desde otra perspectiva, podría estar alguna de las causas de la fragmentación de la memoria colectiva en los vacíos que se dejan en los procesos de formación ciudadana, puesto que parece estarse desestimando la memoria: las personas pueden ver monumentos artísticos o conmemorativos como parte del paisaje de la ciudad, pero sin saber su historia, sin conocer los hechos que se conmemoran. Este vacío en la educación del ciudadano podría partir de esa constante búsqueda y obsesión por ser más “lúdicos” e “innovadores” llenando los espacios o escenarios de los territorios con arte que no tiene un significado colectivo. La innovación se volvió un *slogan* casi político en ciudades como Medellín-Colombia, donde se han adoptado agresivas campañas publicitarias bajo la consigna de “Medellín innovadora y productiva”⁴ para atraer a empresas e inversión extranjera; el problema es que la “innovación”, por principio no permite unas políticas claras y de continuidad que posibiliten la formación ciudadana consciente, precisamente porque parece que la filosofía detrás del cliché de lo *nuevo* es el cambio por el cambio, en palabras de Chesterton: “Mientras se esté cambiando siempre la idea del cielo, la visión de la tierra será siempre la misma. Ningún ideal perdura tiempo bastante para ser realizado; ni parcialmente realizado” (Chesterton, 1998: 63). Esta búsqueda constante de innovación podría hacer perder el ideal o desdibujarlo; por ejemplo, cada vez parece más fácil olvidar las tradiciones que unen a la comunidad a la que se pertenece por el afán de las rutinas productivas cotidianas de las ciudades, o por no tener claro cuál es el ideal humano, o ético-político que la colectividad debe perseguir, así lo expresa Todorov: “separados de nuestras tradiciones, embrutecidos por las exigencias de una sociedad del ocio y desprovistos de curiosidad espiritual, así como de familiaridad con las grandes obras del pasado, estaríamos condenados a festejar

⁴ Véase: <https://medellininnovadorayproductiva.com/>

alegremente el olvido y a contentarnos con los vanos placeres del instante” (Todorov, 2000: 15).

Otro aspecto de las sociedades modernas, obsesionadas con la productividad, y paradójicamente, también con el ocio y el entretenimiento, es la priorización de lo práctico, de lo pragmático, de lo útil por encima de lo histórico; este modo de vivir irremediamente afecta y fragmenta aún más la memoria colectiva porque en apariencia podría no ser práctico o productivo el conocimiento de las tradiciones. Sin embargo, es posible combinar la innovación con el pasado y así dar importancia a la memoria, tal como lo demuestra Todorov: “Hay posibilidades de innovación en el seno de la poética medieval o de la pintura clásica china, y los autores, incluso los más vanguardistas, siempre le deben mucho a la tradición, aunque sea porque intentan distinguirse de ella” (Todorov, 2000: 22). Así pues, la memoria juega un papel importante no solo para no repetir los errores del pasado sino también para poder ejercer la ciudadanía de manera consciente, no parece de ninguna manera posible, proponer cambios estructurales si la ciudadanía no se vive de una forma activa, y para que esto suceda es necesario que el ciudadano sea plenamente consciente de la memoria de su pueblo, de su propia historia. La fragmentación de la memoria colectiva impide pues el ejercicio consciente de la ciudadanía y por ende las transformaciones culturales y políticas profundas.

MEMORIA, HISTORIA Y DESINFORMACIÓN

¿Qué otras causas fragmentan la memoria colectiva? Se dedicará unas líneas al problema del mal manejo de los medios de comunicación, siendo el imperio mediático uno de los símbolos del progreso moderno.

Parece que fue en la modernidad dónde comenzó la paradoja del “olvido de la memoria”; tal periodo histórico puede ser definido como una época “[...] en la cual el hombre se forma

a partir de sí mismo [...]. El punto de referencia, la imagen de su formación, ya no es la tradición, la experiencia o la memoria, sino un tiempo nuevo, el del progreso” (Hincapié-García y Escobar-García, 2019: 12). Dicho progreso suele proponer no mirar atrás y seguir adelante, “avanzar”, pero ¿hacia cuál ideal? ¿hacia dónde va la humanidad sin reconocer su pasado?

Para comprender este problema es necesario establecer primero la profunda relación entre la memoria y la historia. La historia es la “vida de la memoria” (Burke, 2000: 65) enseña Peter Burke recordando las palabras del antiguo Cicerón. En la antigüedad y aún hoy hay quien piensa (y enseña) que la historia se escribe para mantener viva las proezas de los que la construyeron, que, en versiones oficiales, coincide con los acontecimientos de los “padres de la patria”, o por lo menos así parecen que lo enseñan todavía en la escuela pública. Para Burke esta visión de la historia resulta poco creíble, ya que es una explicación muy básica de lo que ella es como disciplina:

La visión tradicional de la relación entre memoria e historia escrita, en la que la memoria refleja lo que ocurrió realmente y la historia refleja la memoria, actualmente resulta demasiado simple. Tanto la historia como la memoria parecen cada vez más problemáticas. Recordar el pasado y escribir sobre él ya no se consideran actividades inocentes. Ni los recuerdos ni las historias parecen ya objetivos (...). En ambos casos están empezando a ver la selección, la interpretación y la deformación como un proceso condicionado por los grupos sociales o, al menos, influido por ellos. No es obra de individuos únicamente (Burke, 2000: 66).

De hecho, las deformaciones de la historia y por ende de la memoria, son más comunes de lo que se puede desear, por lo tanto, se tiene

el deber como pensadores -y sobre todo como educadores- de poner en un gran paréntesis o en un gigantesco interrogante -al mejor estilo de la fenomenología husserliana- las versiones oficiales de la historia. Es necesario, es urgente, es tal vez obligatorio, que los maestros enseñen a ser “incrédulos” de lo que enseñan las versiones oficiales de la historia contada en libros historiográficos y en los medios de comunicación que quizá sólo buscan beneficiarse del lucrativo negocio editorial, sin -tal vez- darse cuenta que transmiten una versión fragmentada de los acontecimientos, la versión de “los vencedores”, la versión de “los de arriba”. Tzvetan Todorov denunció este fenómeno llamándolo los *abusos de la memoria*; para este autor, detrás de la historiografía diseñada para la escuela y en general para los ciudadanos, y que los gobiernos totalitarios y celosos de su poder, gestionan a través de textos escolares, ritos públicos, mitos difundidos por la televisión o la radio, existe todo un diseño para controlar la memoria de un pueblo:

Tras comprender que la conquista de las tierras y de los hombres pasaba por la conquista de la información y la comunicación. Las tiranías del siglo XX han sistematizado su apropiación de la memoria y han aspirado a controlarla hasta en sus rincones más recónditos. Estas tentativas han fracasado en ocasiones, pero es verdad que, en otros casos, los vestigios del pasado han sido eliminados con éxito (Todorov, 2000: 12).

Es tal vez por eso que este filósofo y lingüista búlgaro sostiene que escribir la historia no es meramente un asunto academicista, no es una mera labor científica que tiene una responsabilidad con la verdad, también existe en la opinión de Todorov una gran responsabilidad con la justicia y con el bien:

No basta recomendar a los investigadores que se dejen guiar por la sola búsqueda de la verdad, sin preocuparse de ningún interés (...) quien crea que esto es posible sufre un anhelo de pureza extrema y está postulando un contraste ilusorio. El trabajo del historiador, como cualquier trabajo sobre el pasado, no consiste solamente en establecer hechos, sino también en elegir algunos de ellos por ser más destacados y más significativos que otros, relacionándolos entre sí; ahora bien, semejante trabajo de selección y de combinación está orientado necesariamente por la búsqueda no de la verdad sino del bien (Todorov, 2000: 49).

La información oficial puede no ser completa o -lo que es lo mismo- estar parcializada; si se ocultan acontecimientos como masacres, desplazamientos, corrupción, asesinatos sistemáticos, entre otros ¿no es acaso esta barbarie, aunque dolorosa, una parte de la verdad que la comunidad merece saber por su propio bien? En esa medida, la parcialización de la información ya se podría asumir como una falta a la verdad y al bien, como una nueva fragmentación de la memoria, sin información auténtica, verdadera, el ciudadano no puede escribir un nuevo destino en su propia historia colectiva.

Sin embargo, a pesar de los aparentes ocultamientos y las deliberadas amenazas no parece posible encubrir o callar toda la información dadas las “bondades” de tener tantas Tecnologías de la Información y la Comunicación – TIC al alcance. Estas herramientas permiten, por lo menos parcialmente, dejar mayor testimonio o evidencias de lo que acontece, incluso en tiempo real. No obstante, lo que en parte parece ser una herramienta poderosa para el manejo transparente de la información o la transmisión de acontecimientos que marcan

la historia, paradójicamente también supone y concibe un nuevo problema para la memoria y la historia: el exceso de información que confunde y divide. Esta problemática puede ser a la vez otra de las causas fundamentales de la fragmentación de la memoria. Así lo explica Todorov:

Hoy en día se oye a menudo criticar a las democracias liberales de Europa occidental o de Norteamérica, reprochando su contribución al deterioro de la memoria, al reinado del olvido. Arrojadados a un consumo cada vez más rápido de información, nos inclinaremos a prescindir de esta manera no menos celebrada (...) En tal caso, la memoria estaría amenazada, ya no por la supresión de información sino por su sobreabundancia. Por tanto, con menor brutalidad, pero más eficacia (Todorov, 2000: 14-15).

El planteamiento anterior permitiría encontrar otra arista a la problemática sobre la memoria, la historia y la desinformación, creando así un nuevo interrogante: ¿están interesados los nuevos “imperios” de la comunicación mundial en que la humanidad acceda al conocimiento, es decir, a la verdad – y siguiendo las palabras de Burke- al bien? Esta pregunta está orientada hacia dos aspectos del problema del manejo de la información mediática monopolizada por los grandes multinacionales de la comunicación; el primero, es la sobreabundancia de contenidos que está disponibles por medio de las TIC sobre toda clase de acontecimientos: sociales, naturales, científicos, históricos, hasta las más banales formas de entretenimiento, donde la verdad se confunde con la cantidad, o se pierde en ella. El segundo aspecto, y que sólo se mencionará aquí someramente, puesto que está más allá del objetivo de este artículo, es el *cómo* este océano de conocimiento – océano al parecer poco profundo en palabras

de Nicholas Carr- parece a la larga no ser lo realmente relevante, sino que es el medio (los imperios digitales), es decir, es la tecnología mediática en sí misma –su uso-la que quiere primar y favorecerse del hambre insaciable de información del consumidor:

(...) a largo plazo, el contenido de un medio importa menos que el medio en sí mismo a la hora de influir en nuestros actos y pensamientos. Como ventana al mundo, y a nosotros mismos, un medio popular moldea lo que vemos y cómo lo vemos-y con el tiempo, si lo usamos lo suficiente, nos cambia, como individuos y como sociedad-. “Los efectos de la tecnología no se dan en el nivel de las opiniones o los conceptos”, escribió MacLuhan. Más bien alteran “los patrones de percepción continuamente y sin resistencia”. (...) Nuestro foco en el contenido de un medio puede impedirnos ver estos efectos profundos. Estamos demasiado ocupados, distraídos o abrumados por la programación como para advertir lo que sucede dentro de nuestras cabezas (Carr, 2011: 15).

Sobre el primer aspecto que ya se mencionó, la sobreabundancia de información, aunque se ha dicho insistentemente, es necesario recordar que no se trata de tener acceso a la información, sino sobre todo de poder comprenderla, discernirla, aplicarla en la cotidianidad. Este es uno de los retos de la educación: hacer que los estudiantes tengan la capacidad de distinguir cuál es la información verdadera de la que no lo es, que cuenten con una comprensión lectora desarrollada y sobre todo un pensamiento crítico ante un océano de desinformación en la que pueden “ahogarse” fácilmente la verdad y el bien. Lo anterior es relevante porque: “(...) la desinformación no solo es un elemento axiológico deplorable en la ética o en la moral

de los emisores, sino que el propio canal, los medios y los receptores juegan un papel de protagonistas en su propia desinformación” (Romero, 2012 p. 53).

Parece que estos imperios digitales de la información no tienen –o no quieren - controlar las falsas noticias o noticias de desprestigio que se dan alrededor de múltiples temas, entre ellos, temas políticos que competen a la ciudadanía en general. Por consiguiente, es totalmente posible que la información que obtiene cada persona sea distinta frente al contenido que desea filtrar. Esto supone un delicado problema para la ciudadanía porque si se basan las decisiones ético-políticas sobre la presunción de que las noticias falsas son verdaderas, dichas decisiones de hecho ocasionan el efecto contrario de lo que el ciudadano pretendía. Esta dinámica de la desinformación, en dimensiones masivas crea caos y polarizaciones que afectan la democracia y permiten nuevos disturbios y formas de violencia. Como receptores también hay una grave irresponsabilidad del manejo de la información si se decide compartirla sin verificar su veracidad, esto se da porque gracias a las redes sociales las personas pueden compartir información con rapidez y facilidad, aún si les falta criterio para compartir cualquier tipo de información sin mayores filtros.

En todo caso a lo que la desinformación conlleva con mayor gravedad es a la fragmentación de la memoria colectiva, a la pérdida del sentido de la empatía con el sufrimiento ajeno, porque lo que importa es la visión individual de la realidad, y no el sentido de la justicia, la verdad y el bien para todos; esto implica que, aún en el manejo de las TIC debemos de retener lo que dice Reyes: “Tenemos la obligación de recordar: lo que somos y lo que tenemos es el resultado de un proceso construido sobre el sudor de unos y el sufrimiento de otros” (Reyes, 2016: 58). Es pues responsabilidad de las generaciones presentes la rememoración de lo que los antecesores

han sufrido para ser reconocidos como ciudadanos, y una manera posible de hacerlo es siendo responsables con la información ético-política que transmitimos por los medios de comunicación a nuestro alcance.

HISTORIA NO OFICIALMENTE ESCRITA: ALGUNOS FRAGMENTOS DE MEMORIA COLECTIVA

A lo largo y ancho del artículo se ha ampliado y justificado el concepto de la “memoria fragmentada”, a continuación, lo que se encontrará es una ejemplificación, a partir del caso colombiano, de algunas memorias colectivas que han sido ocultadas, falseadas, distorsionadas o simplemente olvidadas. Tal abuso de la memoria, se sigue sosteniendo aquí, es un factor fundamental a tener en cuenta para poder desfragmentar la historia no oficial del pueblo colombiano y así abordar el ineludible reto de la formación ciudadana con mayor responsabilidad si quiere escribir unas nuevas páginas menos llenas de sangre en la historia del país.

Para abordar en el plano nacional los diferentes fragmentos de historia colectiva no escrita o no oficial, es pertinente resaltar la obra de López titulada *Junto a cada pobre me encontrarás cantando: historia del fenómeno económico y político en Colombia*, que versa sobre la participación de los sujetos en la construcción de los derechos colectivos. En ella el autor afirma que “la economía democrática es una de las grandes deudas históricas en el país” (López, 2015a: 81) y explica cómo en parte, la lógica del sistema productivo es una de las causantes de la desigualdad en las condiciones de vida de los ciudadanos:

Se esbozan algunas realidades en la esfera pública y en el ámbito privado, y en la lógica del sistema productivo que provocan *desigualdad de estados de vida*, para terminar, haciendo un

reproche a la mentalidad egoísta cultivada al interior de las operaciones económicas (...) (López, 2015a: 82).

La historia de Colombia está atravesada por la falta de condiciones político-económicas igualitarias en favor de diferentes poblaciones vulnerables. Aunque hubo un avance en la Carta Magna de 1991 que declaró a todos los habitantes del territorio nacional como “ciudadanos” y sujetos de derechos, no obstante, en la práctica –tal igualdad de condiciones- no se dan; ya sea por las desigualdades económicas, por los diferentes actos de violencia que llevan a poblaciones enteras a desplazarse o por la falta de oportunidades, una parte considerable de los colombianos no puede acceder a condiciones dignas de trabajo, salud o educación. Es por eso que, en la praxis, la cuestión social sobre la igualdad está lejos de ser una realidad, lo que se puede visibilizar en el coeficiente de *Gini* que está en 50.4 (Banco Mundial, 2018) y que ubica a Colombia como el tercer país más inequitativo de Latinoamérica.

Se evidencia con lo anterior, lo difícil que es para una gran parte de la población colombiana suplir sus gastos de necesidades básicas. Por otro lado se observa que ha existido en la nación una sistemática desigualdad desde la distribución territorial del país, incluso amparada por la ley, pues se ha identificado que solo hasta la Constitución Política de 1991 se declararon las zonas en las que habitan poblaciones afrodescendientes como tierras comunitarias -solo reglamentado hasta 1995 por La ley 70 de 1993- ya que antes eran reconocidas por el Estado como “tierras baldías”, desconociendo la ciudadanía de los habitantes de esas regiones olvidadas y con esto también sus derechos y su posibilidad de dar forma a su propia historia. El capítulo III, reglamentado por el Decreto Nacional 1745 de 1995 en su artículo 1 dice:

La presente ley tiene por objeto reconocer a las comunidades negras

que han venido ocupando tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del Pacífico, de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción, el derecho a la propiedad colectiva, de conformidad con lo dispuesto en los artículos siguientes.

Otro dato que evidencia esta situación es el informe que realiza *Oxfam International*, con base en los datos del DANE: “confirman a Colombia como el país más desigual de la región en cuanto a concentración de la tierra y la forma en que este problema se ha agravado con el paso del tiempo” (Guereña, 2017: 1). En dicho informe hay datos estadísticos que dejan un panorama desalentador sobre la desigual distribución de la riqueza como el hecho de que “el 1% ocupa 81% de la tierra, mientras el 99% ocupa tan sólo el 19%” (Guereña, 2017: 2).

Por otro lado, López sugiere que algunos de los diferentes conflictos con grupos al margen de la ley han surgido por dichas desigualdades sociales, pues en el propósito de superarlas se exigen violentamente los derechos. Tal es el caso del movimiento 19 de mayo, más conocido como M-19:

También el M-19 recuérdese, tiene su florecimiento con ocasión del reclamo por un fraude electoral en las elecciones presidenciales del 19 de abril de 1970 (...) empezando como rebeldía política para transformarse en movimiento armado del campo a partir de los años 80 (López, 2015a: 51).

Si bien la violencia no es la mejor alternativa para generar la igualdad de oportunidades, en Colombia tal violencia sistemática y deliberada departe del Estado o grupos armados ilegales, sí ha sido una constante que evidencia los desequilibrios sociales, ¿será por la imposibilidad de reivindicación de los derechos de las diversas poblaciones o por el desconocimiento de los

ciudadanos de tales derechos y sus mecanismos legítimos de reclamo que algunas de las fuerzas al margen de la ley como el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Popular de Liberación (EPL), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia Ejército del Pueblo (FARC-EP), el Movimiento Diecinueve de Abril (M-19) –estos dos últimos ya desmovilizados- y las Autodefensas Unidas por Colombia (AUC) han creado zozobra, terror y más barbarie por décadas?

Entre todas estas formas de violencia mencionada que se han naturalizado en el país, es decir, que se han convertido en algo cotidiano y por lo tanto ya pasan como desapercibidas por el ciudadano común, hay muchas historias por contar, trozos de memoria fragmentadas por la monstruosidad del dolor producido: ocultamientos de desfalcos al patrimonio público, masacres, desplazamientos, desapariciones forzadas (mal llamadas “falsos positivos”), represión a líderes sociales y comunidades enteras, es decir, violencia institucionaliza y no institucionalizada. ¿Cómo se sabe que, por lo menos en Colombia, no todas las memorias de las atrocidades cometidas por diferentes grupos salen a la luz de manera oficial? Se podría evidenciar al observar el informe de la Fundación para la Libertad de Prensa - FLIP donde se indica lo siguiente: “En Colombia han sido asesinados 160 periodistas por razones de oficio” (FLIP, 2018: 1). Si leemos estos asesinatos deliberados a periodistas, tal como se podría interpretar en el informe, como una estrategia para callar a los reporteros de tal manera que las memorias de la barbarie no salgan a la luz, entonces se comprenderá que hay intereses de particulares para que la verdad sea callada, ocultada, enterrada, como también paso en “La Escombrera”.

El sitio conocido como “La escombrera” en la ciudad de Medellín, es una triste realidad y a la vez una terrible metáfora de cómo la memoria del dolor ha querido ser “enterrada” antes que

reconocida: “Se calcula que ahí permanecen sepultados clandestinamente entre las basuras y los restos de construcción varios centenares de cadáveres que dejó a su paso la guerrilla, los narcotraficantes, los paramilitares y la delincuencia común” (Vallejo, 2017: 1). En la misma línea Giraldo en su artículo titulado *La escombrera, la fosa común urbana más grande del mundo (Medellín-Colombia)* de una forma poética es capaz de captar el desgarrador dolor producido por la barbarie de tal situación en las siguientes palabras: “La sangre de tu pueblo, Señor, ha sido vertida en las alcantarillas; los cuerpos de tus hijos destrozados y escondidos, para ocultar la ignominia detrás de la oscuridad y del imperio del terror” (Giraldo, 2015: 50).

Una de las semejanzas que tiene “La Escombrera” con algunas de las masacres internacionales, nombradas en páginas anteriores, es la prohibición de la difusión de la memoria histórica de la situación vivida como estrategia para silenciar la memoria, como dice Todorov: “(...) se prohíbe la búsqueda y difusión de la verdad; cualquier medio es bueno para lograr este objetivo” (Todorov, 2000: 12). Colombia no es la excepción como se puede ver en otro fragmento de un texto denominado *Plegaria desde la Escombrera*: “Por muchos años las víctimas de esta Comuna 13 fueron silenciadas para que estos horrores no llegaran a conocimiento del país y del mundo. Por depender de la falsa información que nos suministran los medios masivos, Perdón Señor” (Giraldo, 2015: 51). En términos de memoria colectiva se esperaría que si como dice Begué, la violencia destruye la identidad del sujeto, esto es, “la unidad narrativa de la vida y el poder de imputarse a sí mismo el origen de sus actos” (Zapata, 2012: 276), se le dé espacio a las víctimas de las atrocidades para que comiencen a testimoniar y a retomar la tradición oral de sus memorias, de su dolor, precisamente para que el imperativo que plantea Adorno sobre las situaciones de barbarie, “que AUSCHWITZ no se repita (Adorno, 1966: 1)”,

permee tales narrativas de la memoria. Por otro lado, también se esperaría que en ese lugar se realizaran monumentos a las víctimas, a las personas que nunca fueron identificadas y fueron vilmente asesinadas, o que por lo menos se continúe la búsqueda exhaustiva de vestigios de los desaparecidos. Reconocer a través de las narrativas de la memoria todo el sufrimiento, el dolor psicológico, social, humano e incluso espiritual causado por la violencia es el primer paso para construir un camino posible hacia una ciudadanía activa.

No obstante, a pesar de la necesidad de las narrativas de la memoria o un posible homenaje a las víctimas, lo que decidió el gobierno de turno fue la construcción de un parque ecológico, ¿es esta una estrategia deliberada para enterrar la memoria colectiva en La Escombrera?:

El Ecoparque surge con el fin de recuperar espacios donde tenían injerencia grupos armados del sector, más específicamente en el conocido como La Escombrera, catalogada como la fosa urbana común más grande del país. Un espacio relacionado con el miedo, el terror y el sufrimiento de quienes fueron desaparecidos forzosamente (...) (Mercado, 2021: 4).

Es probable que la idea de hacer un ecoparque surgiera del intento de borrar de la memoria el horror, pero no se puede ocultar fácilmente un lugar que por su pasado exige justicia, en palabras de Reyes “La memoria nos recuerda que la humanidad tiene una historia en común y nada de lo que ha pasado en ella nos puede dejar indiferente porque todo lo ocurrido nos está afectando de una manera u otra” (Reyes, 2016: 58). Por eso no es solo cambiar de página y ya, poner un parque donde hubo horror, sino que es necesario esclarecer lo sucedido, dejar evidencia de lo acontecido, aprender lecciones comunes para no repetir atrocidades

que descomponen el tejido social, es decir, es necesario reparar la memoria colectiva.

Se puede decir entonces que la desfragmentación de la memoria colectiva en Colombia parte del reconocimiento de las diversas identidades que cohabitan en esta nación, y sobre todo del reconocimiento de las memorias de dolor que hacen parte de la historia de este pueblo, sólo así se podrán reivindicar las víctimas del conflicto como sujetos políticos de derechos, y comenzar la sociedad completa -a quien se le ha negado parte de su historia- de la forma correcta, un camino de formación ciudadana.

La formación ciudadana exige que la sociedad se “desverticalice”, es decir, que las relaciones sociales comiencen a ser más horizontales, este proceso puede comenzarse aprendiendo desde la escuela a escuchar el testimonio del otro. Si el estado de barbarie en la nación no es pues algo reciente, sino que parece estar enraizado desde los orígenes mismos de la historia de Colombia, es primordial re-articular estas huellas dispersas en el recuerdo de muchas comunidades, desfragmentando así la memoria colectiva. Esta desfragmentación es la condición de posibilidad, no sólo para conocer cómo se llegó a estos niveles de desigualdad sino también para escribir una nueva historia ejercida a través de una ciudadanía más activa.

DESFRAGMENTACIÓN DE LA MEMORIA COLECTIVA Y FORMACIÓN CIUDADANA

El concepto de desfragmentación, tal como se explicó en la metodología, es un concepto viajero trasladado desde la disciplina de la informática hacia el de las ciencias sociales y humanas. Para mayor claridad, explicado desde la informática “un archivo es una composición de pequeños fragmentos que son guardados en el disco duro, en diferentes lugares, al borrar archivos en un disco aparecen huecos libres de muy diverso tamaño que posteriormente serán ocupados por otros” (Herrerías, 2012:

391); cada vez que se abre y cierra el archivo los fragmentos que lo componen ocupan nuevos espacios vacíos y con la repetición de la acción de abrir y cerrar se van dispersando tales fragmentos por el disco, lo que ocasiona que cada vez que el sistema pretenda encontrar el archivo será más lento el proceso –o incluso inviable- puesto que las partes del archivo se encuentran cada vez más dispersas; en este punto es donde se comprende el concepto y el proceso de la desfragmentación (Herrerías, 2012) que no es más que la reorganización conjunta o contigua de los fragmentos en el disco duro para acceder a la información de manera apropiada y correcta.

El usuario percibe en la pantalla del computador una entidad virtual como algo completo (un archivo de texto, una foto, un video, una canción); sin embargo, para el sistema la forma de tal entidad es completamente distinta, está compuesta por diferentes fragmentos (en el caso de un vídeo el sistema organiza de manera separada el audio, los colores, el texto, la imagen, entre otros), es decir, partes separadas. Desfragmentar significa un reordenamiento de las partes para que cada fragmento que compone el archivo sean adyacentes entre si y no existan espacios entre ellos, de esta manera se optimiza el manejo de la información.

Yuxtaponiendo el concepto de desfragmentación, explicado desde la informática, al ámbito de las ciencias sociales y humanas, y en particular al asunto que nos compete en este artículo, es decir, al problema de la memoria colectiva fragmentada, dispersa en tantas partes alejadas e incluso ocultas, que no permiten acceder de manera completa a la verdad histórica del dolor y la barbarie; entonces se puede decir que, metafóricamente hablando, es necesario un proceso de desfragmentación, de reorganización de las partes de esa memoria colectiva que han sido desparramadas, escondidas o silenciadas, para así reajustarlas, hacerlas accesibles,

sacarlas a la luz, comprenderlas en sus partes. Sólo así el país podrá acceder a su verdad histórica completa e iniciar un proceso de formación ciudadana plenamente consciente.

Es así que la desfragmentación de la memoria colectiva es la condición de posibilidad para la formación de la ciudadanía en Colombia. A pesar de lo dicho, es evidente que aún faltan claridades conceptuales esenciales para comprender mejor esta alegoría de la desfragmentación, ¿por qué hablar de desfragmentación en lugar de reconstrucción?

En este punto las tesis planteadas en esta investigación se adhieren a los argumentos de la Teoría Crítica y en especial a los de Theodor Adorno. Para el filósofo alemán de origen judío, es una obligación moral ir contra las ideas o propuestas de una “reconstrucción”, es decir, de todo aquello que pueda significar continuar con la dinámica de la sociedad moderna, marcada por la industrialización, el individualismo y sobre todo por el olvido y el ocultamiento del dolor de los desheredados (Adorno, 1992). Si el mayor holocausto de la historia pudo ocurrir en medio de toda una tradición ilustrada de eruditos, algunos de los cuales ni siquiera se pronunciaron en contra de la *shoá*, significa que tal conocimiento está imbuido en su esencia por la indiferencia, por el ocultamiento de la verdad histórica. Para Adorno “El hecho de que Auschwitz haya podido ocurrir en medio de toda una tradición de filosofía, arte y ciencias ilustradas no significa simplemente que ella, el espíritu, no llegara a prender en los hombres y a cambiarlos” (Adorno 2003: 359), significa precisamente que en esas ramas del espíritu, o del conocimiento, habita la mentira de la historia, puesto que está imbuida de individualismo e indiferencia por el que sufre. Para comprender este argumento crítico es necesario colocar a *Auschwitz* como un acontecimiento clave en la dinámica de la modernidad, pues es desde este suceso inhumano y cruel desde donde se debe proponer

un giro radical más no una reconstrucción en la forma de considerar el proceso civilizador, pues la barbarie, según Adorno es más que "(...) un percance en la marcha triunfal de la civilización (...)" (Adorno, 2005: 442). En la misma dirección hay que rechazar el pensamiento de que frente a una debacle de estas dimensiones ya no se puede hacer nada, ya que esto supondría banalizar todo el sufrimiento humano desatado por las tragedias pasadas lo que llevaría a la resignación:

Quien se sustrae a la evidencia del crecimiento del espanto no sólo cae en la fría contemplación, sino que además deja escapar, junto con la diferencia específica de lo más reciente respecto a lo acaecido anteriormente, la verdadera identidad del todo, del terror sin fin (Adorno, 2005: 443).

Es claro pues que, para pensador de la barbarie, la Segunda Guerra Mundial representa una ruptura con la forma de concebir la reconstrucción de la memoria histórica y en general con la idea de "progreso". Según Zamora, en Adorno hay una amarga decepción que lo lleva a formular: "¿por qué la humanidad, en vez de alcanzar un estado verdaderamente humano, se hunde en una nueva forma de barbarie?" (Zamora, 1997: 256).

Siguiendo el hilo conductor de Adorno se podría decir entonces que la humanidad se hunde en nuevas formas de barbarie porque precisamente lo que ha pretendido es reconstruir la cultura dejándose guiar por la siempre implícita idea de "progreso" moderna, mirando sólo hacia futuro, hacia la innovación, pero olvidando la memoria colectiva, precisamente los hechos dolorosos sobre los que se construyeron estas naciones. En cuanto la cultura occidental siga basando su "reconstrucción" basada en tal idea de "progreso" no será posible la transformación real de la cultura y menos de la formación ciudadana. ¿Es posible cambiar el concepto de "progreso",

el concepto de "avanzar" que se ha generado a partir de la modernidad?

Ahora que se tiene medianamente claro por qué se prefiere aquí el concepto "desfragmentación" al de "reconstrucción", conviene subrayar el concepto de "progreso" como lo propone Walter Benjamín, que a su vez también se podría proponer como una condición de posibilidad para que la desfragmentación de la memoria colectiva sea factible. Basado en un cuadro de Paul Klee (1920), que posteriormente Benjamín (2001) describe como el Ángel de la Historia (Angelus Novus), el también filósofo alemán de origen judío plantea el concepto de "progreso" como el avanzar, pero sin darle la espalda a la historia. En efecto, el Ángel del cuadro es un personaje que va hacia adelante, pero en lugar de darle la espalda al pasado le da la espalda al futuro; este caminar hacia al futuro de espaldas, inevitablemente movido por un huracán que Benjamín denomina 'progreso', simboliza el inexorable desarrollo de la historia, pero con la decisión del personaje de estar mirando siempre hacia el pasado, para no repetir el horror, la barbarie. Su cuerpo de frente al pasado permite visualizar las lecciones de la historia, su media mirada hacia el futuro (observando como de "rejojo", como con sospecha) simboliza la necesaria vista hacia adelante, ya que la humanidad no puede cortar la trayectoria del tiempo, pero esta vista es justa, no obsesionada sólo con el futuro, es más, lo mira como sospechando de él, como si todo lo que dijera "innovación" no fuera completamente digno de confianza. Esta es una propuesta de un concepto de "progreso" ciertamente diferente al que nos propone el mundo moderno, una interpretación que no pretende asumir la vida con si el pasado desgarrador no hubiese existido. El "progreso" como lo propone Benjamín, consiste esencialmente en mirar "de frente" el pasado para no olvidarlo completamente, sacar a la luz sus memorias, y, en consecuencia, en la medida que se dirige la humanidad

hacia lo inevitable, es decir, hacia el futuro, se desfragmenta la memoria, sin naturalizar el mal (López-Bravo 2017), para no volver a caer en lo deshumanizante, o en palabras de Benjamin: el horror, la barbarie, la decadencia en la que la humanidad va cayendo a través de la historia casi sin darse cuenta.

Por tal motivo el conocimiento de lo acontecido precisa no solo de la historia contada oficialmente, sino también de la historia desfragmentada por la memoria colectiva, es decir, por la historia contada “desde abajo”, desde la versión de los vencidos, desde la reconstrucción de los testimonios de quienes sufrieron los acontecimientos o sus consecuencias. Sólo pensando la historia y el progreso desde este paradigma, podría ser viable una desfragmentación de la memoria colectiva, y a su vez, la historia vista como historia de la memoria colectiva y el “progreso” comprendido al estilo del *Ángel de la historia*, serían las condiciones de posibilidad de un proceso de formación ciudadana consciente. Es pues la desfragmentación de la memoria colectiva, la condición de posibilidad para la formación de la ciudadanía en Colombia.

Para el propósito de la formación ciudadana es necesario, además de desarrollar procesos de subjetivación en los que la persona, por medio del reconocimiento de sus prácticas y modos de construirse a sí misma, pueda identificarse con sus propias necesidades; es fundamental que sea capaz de reconocer la propia memoria y necesidades colectivas. Fue Kant quien propuso que solo a través de la educación –disciplina, cultura, civilidad y moralidad– el individuo puede alcanzar su destino, afirmando que “(...) el hombre ha de intentar alcanzarlo; pero no puede hacerlo, si no tiene un concepto de él” (Kant, 2009: 33); por eso juega un papel importante el poder tener un auto reconocimiento de sí, pero eso no es suficiente si se olvida que esa historia personal está marcada también por la propia memoria del grupo social al que se pertenece.

En un sentido más amplio la memoria personal también está conectada a la memoria de la humanidad como un universal. En este último sentido Kant hace énfasis en que “(...) la educación vaya mejorándose constantemente, y que cada generación dé un paso hacia la perfección de la humanidad (...)” (Kant, 2009: 2). Este concepto de educación aplicado a la formación ciudadana significa el ascenso de la visión individualista de la vida, a una cosmovisión más universal de la humanidad, entendida no como una serie de entes aislados, sino como mónadas, o unidades autónomas, pero a la vez interdependientes; sólo comprendiendo este concepto se puede formar al ser humano hacia una ciudadanía activa, responsable y cosmopolita.

El asunto de la formación ciudadana tiene que ver entonces con ser responsable (Reyes, 2016), pero ¿responsable de qué? Ante todo, de las decisiones que se toman y que pueden involucrar el bienestar de los otros seres humanos, es decir, de los impactos que se ocasionan en la sociedad por cada acción y omisión. Si como sujetos se sigue pensando que ciertas consecuencias destructivas de la esencia humana sólo son ‘daños colaterales’ entonces estamos justificando la idea del progreso moderno. Así mismo, como dice Reyes, es de aclarar que: “Una mala acción no solo produce desperfectos en aquel que la sufre sino también en aquel que la causa y, también, en el entorno de uno y otro” (Reyes, 2016: 46-47), este argumento deja claro que los “daños colaterales” no solo son para los demás sino para sí mismos y, en ambos casos, suele desconocerse el alcance del perjuicio.

También se es responsable de la posibilidad de hacer, Reyes lo explica a partir del conocimiento que tiene la humanidad de su propia capacidad de destrucción, por lo tanto, ella es responsable de que eso no suceda, de que el desastre no llegue y que se le garantice al género humano

su continuidad; si el ser humano, con el conocimiento instrumental que ha alcanzado, es posiblemente capaz de destruir toda forma de vida -no solamente en un sentido biológico sino síquico y socio-político- debe responsabilizarse de que eso no suceda. Por último, se es responsable de las omisiones o de la indiferencia, de que no se haga lo que -por deber moral- es necesario hacer en pro de la humanidad: “porque la indiferencia puede ser causa del crimen (...) El espectador indiferente no hace nada contra el mal, por eso lo consiente y, consecuentemente, es causa del mal que acontece” (Reyes, 2016: 49). En otras palabras, es hacerse responsable del bien que no se hizo pudiendo hacerlo.

Así pues, al hablar de responsabilidad también se hace referencia obligatoria a lo social; no es posible solo responsabilizarse de sí mismo, ya que la razón no lo permite, es menester hacerse cargo también, en cierta manera, de las acciones de los demás. En este sentido Reyes es enfático en decir que: “Quien piense que nadie tiene derecho a pedirme responsabilidades más que de mis actos, ese tal no saldrá de sí mismo. Nunca se encontrará con el otro, ni con el mundo, pero tampoco con su propia humanidad” (Reyes, 2016: 54). De esta manera no es posible desligarse de los impactos que las decisiones de otros ocasionan, pero de los cuales la humanidad debe responder. Para una síntesis, sirven las siguientes palabras de Guillermo Hoyos quien escribe la introducción del texto *Renovación del hombre y de la cultura: cinco ensayos de Edmund Husserl*:

Responsabilidad con respecto a los riesgos del mundo de la vida, especialmente los que tienen que ver con el medio ambiente; responsabilidad con respecto a un bien común y a un interés público, que no se reduce a tareas del Estado, sino que gracias

a la globalización son cada vez más también tareas de la sociedad civil; responsabilidad con respecto a los derechos humanos, con los cuales debería comprometerse cada persona como miembro de la sociedad civil, (...); y responsabilidad personal con respecto a acciones que antes se disculpaban como si fueran determinadas ciegamente por factores estructurales de la cultura misma, de la sociedad y de la historia. Responsabilidad compartida solo es posible como reciprocidad en los procesos de conformación y de renovación solidaria de la sociedad y de la cultura (Husserl y Hoyos, 2002: 11).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Es pues necesario enunciar dos ideas fundamentales respaldadas a través de toda esta investigación. Primero que es posible y necesario formar en responsabilidad social consigo mismo y con el otro como parte de la formación ciudadana y que tal formación, como dice Reyes: “No consiste [en formar] en *virtudes para la obediencia*, sino también en *virtudes para la convivencia* entre los seres humanos y de los seres humanos con los demás seres de la tierra” (Reyes, 2016: 25). Parte de estas virtudes para la convivencia son el reconocimiento del pasado propio y colectivo, es decir, la memoria; también es inexcusable una educación en la fraternidad humana, que procura responsabilizarse de lo que le corresponde, pero, sobre todo, que le sabe que le incumbe el dolor del caído, de las víctimas, de los han sufrido las atrocidades del ocultamiento de la memoria colectiva.

En segundo lugar, es necesario responsabilizarse del pasado, desfragmentando la memoria de forma colectiva, que en Florescano significa: “Tomar o aceptar responsabilidades frente al pasado, en un sentido moral, implica reconocer los errores cometidos antes, responder por

ellos y hacer las reparaciones del caso a las víctimas y a sus descendientes (Florescano, 2010: 19). Se trata, entonces, de asumir lo que los antepasados hicieron y corregirlo si es necesario. Es razonar y reconocer que somos -los que somos- por el pasado de nuestras naciones, sus conflictos, sus errores y que “Quien no acepta la responsabilidad de su pasado, de aquellos aspectos que han modelado su ser e identidad, carecerá de fortaleza y autodeterminación para enfrentar los desafíos de su presente” (Florescano, 2010: 19). Es así, que aquí se demuestra que la desfragmentación de la memoria colectiva es la condición de posibilidad, el requisito fundamental para que la formación ciudadana sea viable.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, T. W. (1966). *La Educación después de AUSCHWITZ*. Conferencia en la RADIO HESSE emitida el 18 de abril de 1966. Consultado el 09 de julio de 2021
https://www.equintanilla.com/documentos/articulo_adorno.pdf
- Adorno, T. W. (1992). *Teoría estética* (1969). Lisboa, Edições, 70.
- Adorno, T. W. (2003). *Filosofía de la nueva música* (Vol. 74). Ediciones Akal.
- Adorno, T. W. (2005). *Minima moralia: Reflections on a damaged life*. Verso.
- Bal, M. (2009). *Conceptos viajeros en las humanidades. Una guía de viaje*. Murcia: Cendeac, 1.
- Banco Mundial (2018). [datos.bancomundial.org/ Indicador de Gini](https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?locations=CO-BR-HN). Recuperado de: <https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?locations=CO-BR-HN> consultado el 09 de enero 2021.
- Benjamin, W. (2001). *Tesis de filosofía de la historia*. Fondo Documental EHK.
- Betancourt, D. (2004). Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica. La práctica investigativa en ciencias sociales, 123.
- Brito, R. M., & Martínez, M. A. S. (2005). Memoria colectiva y procesos sociales. Enseñanza e investigación en psicología, 10(1), 171-189.
- Burke, P. (2000). *Formas de historia cultural* (Trad. Belén Urrutia). Madrid: Alianza Editorial.
- Carr, N. (2011). *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Madrid Santillana Ediciones Generales SL.
- Chesterton, G. K. (1998). *Ortodoxia*. Editorial Porrúa. México.
- Congreso de la República. Ley 70 de 1993. *Por la cual se desarrolla el artículo transitorio 55 de la Constitución Política*. Agosto 31 de 1993. DO N.º 41.013. Recuperado de <https://www.minagricultura.gov.co/Normatividad/Leyes/Ley%2070%20de%201993.pdf>
- Decreto Nacional 1745 de 1995 reglamentado por la Ley 70 de 1993. Consultada el 09 de julio 2021 <https://www.mininterior.gov.co/la-institucion/normatividad/decreto-1745-de-1995-2>
- FLIP (2018). *Estos son los periodistas asesinados en Colombia por causas asociadas a su oficio*. Consultado el 07 de mayo 2021
<https://www.flip.org.co/index.php/es/impunidad-casos/item/2187-estos-son-los-periodistas-asesinados-en-colombia-por-causas-asociadas-a-su-oficio>

- Florescano, E. (2010). *Memoria e histórica*. Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar, 1-22.
- Forges, J. M. (2006). *Educación contra Auschwitz* (Vol. 24). Anthropos Editorial.
- Giraldo, J. (2015). *La escombrera, la fosa común urbana más grande del mundo (Medellín-Colombia)*. Revista Kavilando, 7(1), 47-52.
- Guereña, A. (2017). *Radiografía de la desigualdad, Lo que nos dice el último censo agropecuario sobre la distribución de tierra en Colombia*. Consultado el 09 de mayo 2020 en <https://www.oxfam.org/es/informes/radiografia-de-la-desigualdad>
- Hincapié-García, A., & Escobar-García, B. (2019). *La felicidad o el fin olvidado de la política moderna*. Convergencia, 26(79).
- Herrerías, J. (2012). *EIPC. Hardware y componentes Manuales Fundamentales*. Editorail ANAYA Multimedia.
- Husserl, E., & Hoyos, G. H. (2002). *Renovación del hombre y de la cultura: cinco ensayos* (Vol. 53). Anthropos Editorial.
- Kant, I. (2009). *Pedagogía*. Madrid: Akal.
- Klee, P. (1920) *Angelus Novus* [dibujo a tinta china, tiza y acuarela sobre papel]. Museo de Israel-Jerusalén.
- López, A. (2015a). *Junto a cada pobre me encontrarás cantando. Historia y Crítica del fenómeno económico y político en Colombia*. Medellín: Editorial Bonaventuriana.
- López, A. (2015b). *Vida humana fenomenológica. Cuatro estudios sobre Edmund Husserl*. Medellín: Editorial Bonaventuriana.
- López-Bravo, D. (2017). *De la naturalización de la violencia a la banalidad del mal*. Ratio Juris, 12(24), 111-126.
- Mercado, A. (2021) *El Ecoparque que construyeron junto a una fosa común en Medellín*. El Tiempo, 11 de enero 2021. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/colombia/medellin/el-ecoparque-que-se-construyo-en-la-comuna-13-junto-a-la-escombrera-559636>
- Reyes, M. (2016). *Ciudadanos y no súbditos: guía en la ciudad democrática*. Universidad Santo Tomás.
- Ricoeur, P. (2004) *La memoria, la historia, el olvido*, 1. ed. en español Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, L. M. (2012). *La desinformación en la nueva aldea global*. Comunicación. Estudios venezolanos de la Comunicación, 159, 52-55.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Trad. Miguel Salazar. Barcelona: Editorial Paidós.
- Vallejo, V. (2017) *La Escombrera: la mayor fosa común*, Radio Nacional de Colombia, Recuperado de: <https://www.radionacional.co/linea-tiempo-paz/la-escombrera-la-mayor-fosa-comun> consultado el 29 de diciembre 2020.
- Zamora, J. A. (1997). *Civilización y barbarie: sobre la dialéctica de la Ilustración*. en el 50 aniversario de su publicación.
- Zapata Díaz SJ, G. (2012). *La hermenéutica política de Paul Ricoeur*. Universitas Philosophica, 29(59), 267-281.